

Modernidades asimétricas: el giro culturalista en la crítica literaria brasileña y mexicana

Asymmetric modernities: the culturalist turn in the brazilian and mexican literary criticism

---

Sebastián Pineda Buitrago

Universidad Iberoamericana de Puebla

<https://orcid.org/0000-0002-0701-5892>

Recibido em: 14/06/2019

Aceito para publicação em: 24/08/2019

---

## Resumen

El propósito de este artículo no es agotar la genealogía de la crítica cultural y sus diferentes aplicaciones en Brasil y México, sino reconocer a sus principales precursores en la década de 1930 hasta la de 1950 en tanto en un país como en otro se dio una relativa organización e institucionalización de las ciencias sociales. Semejante institucionalización, por otra parte, implicó el abandono de la modalidad de la escritura periodístico-ensayística (tan sorprendente en Alfonso Reyes o Gilberto Freyre) en virtud de una mayor "eficacia sistemática" que se integrara a los parámetros de la producción internacional como Antonio Candido y en Jorge Ruedas de la Serna.

**Palabras claves:** crítica literaria, crítica cultural, poscolonialismo, estudios culturales, Brasil, México.

---

## Abstract

*This paper does not pretend to deplete the genealogy of Latin American cultural criticism and its different applications in Brazil and Mexico. It rather pretends to summarize its first precursors in the 1930s to the 1950s, in both countries as well as in a relative organization. and institutionalization of the social sciences. Such institutionalization, on the other hand, implied the abandonment of the modality of journalistic-essay writing (such as in Alfonso Reyes or Gilberto Freyre) under the the framework of greater "systematic efficiency" that would be integrated into the parameters of international production such as Antonio Candido and Jorge Ruedas de la Serna. Rosa. Journey. Nomadism. Vocality. Writing.*

**Keywords:** literary criticism, cultural criticism, postcolonialism, cultural studies, Brazil, Mexico.

1.

La hipótesis de trabajo que intentaré demostrar a continuación parte del presupuesto de que la modernización de la crítica cultural latinoamericana, en tanto hace un tránsito del formalismo textual a los fenómenos de la cultura y la sociedad, se consolidó inicialmente en el contexto brasileño de mediados del siglo XX, mientras que fue un proceso más lento en el ámbito mexicano. El giro culturalista de la crítica latinoamericana puede datarse a partir del célebre ensayo de Antonio Candido, *Formação da Literatura Brasileira. Momentos Decisivos* (1957), cuya metodología comenzó apoyarse en la de las ciencias sociales, especialmente en la sociología, abandonando la esquematización de la reseña o el mero comentario biográfico o formal sobre poemarios o novelas de ficción (MARTÍNEZ, 1995, p. 18).<sup>1</sup> La superación de la estilística y de la obsesiva idea de *obra literaria* como un objeto exclusivamente autónomo (ROJAS AJMAD, 2018, p. 40), para observar los fenómenos de la sociedad a través de la literatura, se observa en el crítico uruguayo Ángel Rama, *Rubén Darío y el modernismo: circunstancia socio-económica de un arte americano* (1970), en el peruano Antonio Cornejo Polar, *Sobre literatura y crítica latinoamericanas* (1982), en el colombiano Rafael Gutiérrez Girardot, *Modernismo. Supuestos históricos y culturales* (1983), y en la argentina Beatriz Sarlo, *Una modernidad periférica: Buenos Aires, 1920 y 1930* (1988).

La operación se invierte en el mexicano Carlos Monsiváis cuya crítica inicialmente culturalista, *Días de guardar* (1970), *El crimen en el cine* (1977) y *Cultura urbana y creación intelectual* (1981), posteriormente comenzó a preocuparse por el fenómeno del canon literario de su país. De 1994 es su artículo “La crítica literaria en México: invención, revisión, ampliación y olvido del canon” en el que advirtió que, si bien una sociedad civilizada también se hace posible por el culto a las “bellas letras”, dicho *culto* no necesariamente generaba una crítica sagaz (MONSIVÁIS, 1994, p. 69). Desde 1948 el Estado mexicano patrocinó la colección editorial de un canon literario nacional con la Biblioteca de Autores Mexicanos de la editorial Porrúa y Letras Mexicanas del Fondo de Cultura Económica; el suplemento *México en la cultura*, del diario *Novedades*, al igual que la *Revista de la Universidad de México*, comentaba o reseñaba las primicias literarias de autores jóvenes. Pero, aunque el papel de periodismo cultural dio un empuje el giro culturalista de la crítica literaria, éste no fue decisivo para su consolidación en México. Hizo falta una mayor legitimidad académica. Los profesores universitarios que publicaban en los suplementos literarios reseñas o ensayos advirtieron, sin embargo, que éstos no

---

<sup>1</sup> Es de notar que este libro del crítico venezolano Agustín Martínez, quien insiste en la particularidad de la formación de la crítica brasileña moderna hacia los fenómenos de la cultura en contraste con la textualidad de la hispanoamericana (MARTÍNEZ, 1995, pp. 65–128), proviene de su tesis doctoral, *Producción intelectual y crítica literaria en América Latina*, que defendió en 1987 en la Universidad de Sao Paulo bajo la dirección de Irlemar Chiampi.

punteaban sus currículos en los estándares. De modo que se dieron a publicar únicamente en revistas especializadas cuya política editorial, por lo general, consideró secundario el contexto del autor y la obra dando primacía, por consiguiente, al “marco teórico” estructuralista, post-estructuralista, deconstruccionista, marxista o psicoanalista. La impopularidad de semejante método puso de nuevo los ojos en la figura del crítico como escritor público o consagrado, es decir, en el crítico-creador que por su cuenta ya formase parte del canon.

En México se ha dado, que yo sepa, dos escritores con esa disposición: Octavio Paz, primordialmente, y José Emilio Pacheco, de manera menor organizada pero muy convincente Paz construye dos tradiciones: la primera es la suya, que elige a los autores en donde se reconoce y a los que adopta por así decirlo (el acta de nacimiento del autor transformado por el ensayista). [...] Sin la resonancia de Paz, pero con gran conocimiento, destreza, generosidad y precisión, José Emilio Pacheco traza un mapa literario de consulta indispensable. El suyo no es algo interpretable como acción de canonizador, su propósito no es tan selectivo, pero el panorama de méritos y valores que despliega, al exhibir la riqueza de una literatura nacional, y de paso de una literatura internacional, permite la contextualización más fluida y razonada de la obra de grandes escritores. (MONSIVÁIS, 1994, p. 73).

En general, el cambio de rumbo de la crítica latinoamericana por el camino del análisis culturalista no respondió de la misma manera a como se dio en el contexto occidental, es decir, como un correlato de la organización e institucionalización de las ciencias sociales. Pues no es en el periodismo cultural en donde hay que buscar el giro culturalista de la crítica literaria, sino en la legitimidad o institucionalidad del conocimiento universitario, esto es, en la consagración académica del crítico. La industria académica angloamericana permitió la consagración de críticos como George Steiner, Harold Bloom y Edward Said, aun cuando el giro culturalista de cada uno de ellos se haya dado en menor o mayor grado. Dada la precariedad y dependencia estatal de la universidad iberoamericanas, la consagración académica de los críticos de lengua española o portuguesa a menudo ha estado ausente del canon literario o, cuando menos, marginado en los géneros ensayísticos.

## 2.

Ahora bien, para entender la importancia del giro culturalista, conviene comprender al nuevo orden del mundo que surge tras el fin de la Segunda Guerra Mundial. La tensión planetaria entre Oriente y Occidente, entre el comunismo y el capitalismo, modifica la institución fundamental del Derecho, la propiedad –*dominium*– que recibe su nombre de casa, *donus*, “núcleo de la existencia terrestre” (SCHMITT, 1979, p. 22). Lo modifica

porque, en la lógica del industrialismo y el comercio globales, el núcleo de la existencia ya no es la casa sino el barco o la nave, es decir, aquello que permite desplazarse a la fábrica o a la empresa en donde está la fuente de la subsistencia económica. En consecuencia, los medios masificados de transporte y comunicación comienzan generar “otra clase de relaciones sociales tanto entre sí como respecto a su mundo exterior” (SCHMITT, 1979, 23). A esto hay que agregar el triunfo militar tanto de la Unión Soviética como de los Estados Unidos en contra de los fascismos europeos, lo que generó en ambos contextos una ideología anticolonialista en el sentido de anti-europeísta o anti-eurocéntrica. De ahí que los estudios poscoloniales nacieran en las academias angloamericanas, no exactamente como una ideología abstracta, sino en virtud del desplazamiento real o físico de un gran cuerpo de profesores europeos. Muchos de ellos se incorporaron en los departamentos de estudios literarios, no sólo por la diversidad lingüística, sino porque la noción de literatura era la más porosa o interdisciplinaria para su rico acervo intelectuales:

[...] philosophy was almost exclusively Anglo-American analytic philosophy, psychology was behaviorist psychology, and political science, after a brief interest in political theory, seemed to be consolidating an empirical consensus. Since one could not read Sartre in the philosophy department, Freud in the psychology department, or Lukács in the political science department, one read them in literature departments. Literature departments (sometimes in conjunction with smaller pockets of faculty in sociology, anthropology, history, and religion) often took responsibility for contemporary thought primarily because other disciplines defaulted. (GALLAGHER, 1998, p.141).

En adelante, el término multidisciplinario de “Theory” fue sinónimo de “estudios literarios” y estos a su vez de “estudios culturales”. La proliferación de “estudios” –Cultural Studies, Post-colonial Studies, Queer Studies, Subaltern Studies, Afro-American, Latino/a Studies, Film and Media Studies– no sólo presenta un problema semántico (Akcelrud Durão 16), sino la instauración de una ideología o de un prejuicio (bajo el mote de *teoría*) para reemplazar la lectura directa, es decir, la reinterpretación del texto en cuanto interpretación poético o ficcional de un contexto. La sucesiva lectura de un texto en sus fuentes directas, si se tiene la *Vulgata* de San Jerónimo, indican que las operaciones básicas de editar, comentar e interpretar un *corpus* oral o escrito es lo que funda una determinada comunidad. De modo que la filología es, en efecto, un asunto de legitimidad política.

La institucionalización de los estudios literarios y lingüísticos a principios del siglo XIX coincide con el nacimiento de las nacionalidades modernas. Uno de los padres de la filología alemana, August Boeckh (1785–1867), definió esta disciplina como die «Erkenntnis des Erkannten», esto es, *el conocimiento de lo conocido* (Tagliavini, 1993, p. 5). La legitimidad lingüístico-literaria de la actividad y la vida de determinados pueblos (el *ethos*) implica la previa organización del conocimiento de las ciencias liberales o

humanísticas. Esta organización difirió ampliamente entre el ámbito latino (para incluir también a Francia) y el sajón o germano. Pues el régimen político francés, fundado en la Revolución y en fractura con la Iglesia y la monarquía, marginó las ciencias filológicas y humanas en cuanto éstas arrastraban visos religiosos o teológicos, dando primacía a las ciencias experimentales (físico-matemáticas); las ciencias sociales y humanas, por lo tanto, debieron acoplarse a la sistematización de las naturales en calidad de subalternidad y en virtud de consolidar un pensamiento positivo (el positivismo); solamente hasta 1880, diez años después de la guerra francoprusiana, el régimen republicano francés incorporó en la enseñanza la investigación en historia de la literatura (RINCÓN, 2016, 45)<sup>2</sup>. En Prusia y posteriormente en Alemania, en cambio, la reforma del Estado propició la fundación de un nuevo tipo de universidad basada en la investigación y en la institución del seminario con el paradigma de la *Geschichtsphilosophie*, que tuvo como norte la historia de la humanidad y la historia de la nación (RINCÓN, 2016: 46). Es decir: mientras en el ámbito germano el estudio de la literatura y la lengua implicó el estudio de su sociedad, en el ámbito latino sucedió lo contrario. Por un lado, los liberales consideraron la literatura y la lingüística disciplinas prescriptivas que *no hacían falta* para el “progreso” de la sociedad; los conservadores, por el otro, animaron un tipo de literatura prescriptiva que incitara las “buenas costumbres” cristianas y alabara la idea de civilización hispano-católica.

El filólogo o crítico literario más importante de Hispanoamérica durante la primera mitad del siglo XIX, el venezolano-chileno Andrés Bello (1781-1865), se escapó de semejante maniqueísmo. Durante su permanencia en Inglaterra desde 1810 hasta 1829, Bello se familiarizó con el empirismo y el pragmatismo de la filosofía inglesa. En la Biblioteca del Museo Británico consultó los manuscritos medievales del *Poema del Cid*, en cuya ruda métrica halló claves para entender el surgimiento del español moderno en consonancia con el francés y otras lenguas romances. Actualmente, desde la teoría poscolonial, el interés de Bello por el Cid se ha despertado en función de que su crítica no sólo consiste en un *translatio studii et imperii*, sino en una suerte de “post-Occidentalist resistance” (Altschul, 2012, p. 170). Bello no dependió del *centralidad* de la Academia madrileña para realizar sus investigaciones. Una vez radicado en Santiago de Chile a partir de 1829, desde la *periferia*, él se entregó de lleno a la objetivación de redactar tanto el *Código Civil de la República de Chile* (1840-1855) como una *Gramática de la lengua castellana* (1847). Los más liberales le reprocharon su falta de arrojo revolucionario, su apego a la ley; los más conservadores, como los colombianos Rufino José Cuervo y Miguel

---

2 Hay una amplia bibliografía al respecto. Cfr. JEY (1998) y NICOLAS (2016).

Antonio Caro, quisieron darle a su *Gramática* un aurea preceptista y a su poesía un tono demasiado neoclásico. Bello, sin embargo, fue un ecléctico.<sup>3</sup>

En México, en cuanto constituye como Brasil otro continente dentro del continente, la crítica literaria durante el siglo XIX también fue una profesión “conservadora”. Las obras del filólogo e historiador Francisco Pimentel (1832–1893), *Historia crítica de la literatura y de las ciencias en México, desde la conquista hasta nuestros días* (1885), que después corrigió y aumentó en una nueva versión que se conoce como *Historia crítica de la poesía en México* (1892) y que prosiguió con otra póstuma, *Novelistas y oradores mexicanos* (1904), quedaron como curiosidades para especialistas.<sup>4</sup> A pesar de que Pimentel ya tenía una idea bastante clara de la Estética de Hegel, la pretensión de que la filosofía se refundiera con la poesía y el mito a la manera del idealismo de Schelling (PIMENTEL, 1903, p. 16), enojó sumamente a los filósofos positivistas del régimen de Porfirio Díaz. No menos enojoso para el régimen porfirista resultaría el poliglota Joaquín García Icazbalceta (1825–1894), cuya obra magna se titula *Bibliografía mexicana del siglo XVI* (1886, reimpressa dos veces en 1954 y en 1981), sin contar con sus otros rescates bibliográficos: *Apuntes para un catálogo de escritores en lenguas indígenas de América* y el *Vocabulario de mexicanismos* (que dejó incompletos hasta la letra G). Pues Icazbalceta contribuyó con cincuenta y seis artículos sobre el México virreinal al *Diccionario universal de historia y de geografía* (1853–1856), tradujo *Diálogos latinos o México en 1554* y *Túmulo imperial* del bachiller novohispano Francisco Cervantes de Salazar, así como los *Opúsculos latinos y castellanos* del jesuita Francisco Javier Alegre; editó el *Peregrino indiano* de Antonio de Saavedra Guzmán, los estudios sobre “Francisco Terrazas y otros poetas del siglo XVI”, y los de fray Juan de Zumárraga, el primer obispo y arzobispo de México.<sup>5</sup>

Si la literatura es colectiva en la medida en que requiere una cierta comunión de medios expresivos y un sistema de valores que dé forma a su producción y dé sentido a su actividad (CANDIDO, 2009, p. 196), es probable que en México la literatura tardara en institucionalizarse como tal. Pues el 7 de julio de 1907 Justo Sierra, el ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes en el gobierno de Porfirio Díaz, le hizo saber en una carta al rector de la Universidad de Salamanca, Miguel de Unamuno, el ambiente “poscolonial” que se respiraba entre la élite de México: “En francés se ha educado la generación a la que pertenezco [...]; la burguesía, clase directriz, se contenta con anotar su raquíptico castellano con un más raquíptico inglés de salón o de club” (SIERRA, 1991, p. 499). Sierra dejaba en evidencia que la literatura y la lengua preocupaban muy poco para el barniz o refinamiento

---

3 Hay una amplia bibliografía reciente sobre Andrés Bello. Cfr. Francisco Javier Pérez (2016) y Pineda Buitrago (2019).

4 Cf. Beatriz GARZA CUARÓN (1989) y RODRÍGUEZ GONZÁLEZ (2018).

5 Cfr. José Luis MARTÍNEZ (1996).

de la sociedad positivista del Porfiriato, es decir, que el arte y la literatura no hacían mucha falta para el “progreso” material. La sociedad se entendía como un organismo biológico y mecánico, de modo que que el pueblo y la oligarquía merecían estudiarse *positivamente* desde la teoría de Darwin, cuyas premisas de la supervivencia del más fuerte o apto llevaron, en efecto, a la aplicación de no pocos planes eugenésicos (SUÁREZ y LÓPEZ GUAZO, 2005, 85–130).

Por otra parte, el positivismo en Brasil alcanzó durante la segunda mitad del siglo XIX el rango de religión civil. Legitimó el régimen del emperador Dom Pedro II, que va de 1831 a 1889, en la medida en que si éste abolió la esclavitud y se mantuvo al margen de la Iglesia, apoyando las ciencias y las artes, no había necesidad de que entrara en vigor la democracia ni de que se modificaran las relaciones de propiedad. Lo cierto es que Dom Pedro II no vio con buenos ojos el fugaz imperio mexicano de su primo Maximiliano (pariente por la rama de los Berganza), puesto que afectaba su relación con los vecinos latinoamericanos y con la política de Washington, aun cuando Estados Unidos se hallaba sumido en la Guerra Civil (PALACIOS, 2002, p. 606). Semejante monarquía brasileña, cuyo pragmatismo incluso le aseguró inmensa popularidad entre las masas, patrocinó la adopción de la Física Social de Auguste Comte según la cual, de la Biología partían los presupuestos de la Sociología (CORBANEZI, 2015, p. 219). Para entender la sociedad, de acuerdo con los positivistas brasileños, no se requería estudiar el lenguaje y su expresión, sino la fisiología animal. La literatura, bajo esta perspectiva, no servía para nada. Pero fue justamente el relato *O alienista* (1882) de Machado de Assis el que mejor explica este fenómeno. Machado de Assis parodia las políticas higiénicas o eugenésicas del régimen de Dom Pedro en la figura del médico Simón Bacamarte. Éste, para hacerse de todos los enfermos mentales del perdido pueblo de Itaguaí y con el fin de realizar un experimento con ellos, afirma que “A loucura, objeto dos meus estudos, era até agora uma ilha perdida no oceano da razão; começo a suspeitar que é um continente” (ASSIS, 2006, p. 266). Ese continente de locos (continente dentro de un continente) parece asemejarse al régimen político Brasil. Pues no es sino un signo de locura lo que Assis denuncia: la reducción epistemológica comtiana de la Biología a la Sociología.

Lo cierto es que en Río de Janeiro se fundó en 1878, bajo la dirección de Benjamin Constant, la “Sociedad positivista”. Posteriormente, en 1934 se fundó la Facultad de Filosofía, Ciencias y Letras de Sao Paulo. En cualquier caso, la historia de la sociología como disciplina institucionalizada tuvo una mayor consolidación en Brasil que en México. La “Sociedad Postivista” de Benjamin Constant *legitimó* el contenido sociológico de la ensayística brasileña incluso antes de la división o especialización de las disciplinas universitarias, si se piensa en *Os Sertões* (1902) de Euclides da Cunha (GUERREIRO RAMOS, 2018, p. 35). En México, por el contrario, la sociología se institucionalizó hasta 1939



cuando Lucio Mendieta y Núñez publicó el primer número de la *Revista Mexicana de Sociología* como director del, para entonces, incipiente Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (MOYA LÓPEZ y OLVERA SERRANO, 2013, p. 11). Aun cuando México lideró la primera revolución popular del siglo XX contra la sociedad señorial del régimen de Porfirio Díaz (1876–1911), los intelectuales del Estado revolucionario tardaron en interesarse por la sociología como un todo, probablemente porque ello implicaba no sólo salir del sitio de *confort* (de la persistencia de una casta letrada–sacerdotal), sino también poner en tela de juicio la *institucionalización* de un partido revolucionario, el PRI, cuya permanencia sucesiva en el poder desde 1929 hasta el año 2000 lo hizo el más hegemónico de la historia política del siglo XX. De modo que la crítica culturalista mexicana no pudo fortalecerse en la *falsa conciencia* del indigenismo, esto es, del enfoque idealista de *comprender* y *juzgar* al indígena por el que no lo es (VILLORO, 1998, p. 9). Tampoco pudo fortalecerse por la *divinización* de la Revolución mexicana que, incluso en sus aspectos más violentos y atroces, Octavio Paz celebró en *El laberinto de la soledad* (STANTON, 2015, p. 245).

A primera vista, la historia de las instituciones universitarias brasileñas contrasta notablemente con las mexicanas. Pues la Real y Pontificia Universidad de México se fundó en 1551 y abrió sus puertas al clero secular en junio de 1553 (GONZÁLEZ, 2005, p. 265). No hay nada comparable en el Brasil colonial al esplendor intelectual novohispano, en donde hallamos desde la poesía culterana de Sor Juana Inés de la Cruz (1648–1695), pasando por los comentarios a la lógica aristotélica de Antonio Rubio de Rueda (1548–1615) hasta la matemática y astronomía de fray Juan Diego Rodríguez (1596–1668). Sin embargo, a pesar de las conexiones globales de la Compañía de Jesús, Carlos III ordenó la expulsión de los jesuitas en 1767, dejando al virreinato de la Nueva España prácticamente *desintelectualizado* (ALFARO, 2010, p. 250). La colonia más grande del Imperio español se escindió en una república sin consolidarse antes como nación, de modo que el empoderamiento del Estado en detrimento de la Iglesia durante las Leyes de Reforma (1855–1863) no sólo debilitó el sistema educativo, sino que también atomizó la actividad filológica y humanista. Solamente hasta 1912, a instancias de los jóvenes miembros del Ateneo de la Juventud, se diseñó un programa de lengua nacional y literatura en la Escuela de Altos Estudios (GARCIEADIEGO, 2000, p. 131). Pero dicha Escuela se disolvió después de la Decena Trágica (acaso el episodio más violento de la Revolución en la Ciudad de México) entre el 9 y 19 de febrero de 1913. Solamente hasta 1947, bajo la dirección de Alfonso Reyes y con la presencia del hispano–argentino Raimundo Lida, se fundó el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México. Reyes quiso de algún modo trasplantar los métodos histórico–formalistas de la Sección de Filología del Centro de Estudios Históricos de Madrid, en donde él había trabajado entre 1914 y 1919 bajo la

tutela de Ramón Menéndez Pidal. Por consiguiente, el tipo de investigación literaria practicado en este Centro siguió en las redes de la estilística, es decir, en el dispositivo de *obra literaria* como objeto autónomo.

3.

La cárcel interpretativa o hermenéutica de la estilística quedó hipostasiada en *El deslinde* (1944), la teoría literaria de Alfonso Reyes, cuya epistemología éste no quiso o no pudo extenderla hacia la crítica culturalista. Pues Reyes condenó toda crítica sociológica, filosófica o política a un fenómeno impuro o “ancilar”. El problema no estaba en que la crítica literaria se siguiera concibiendo como *literatura sobre literatura*, sino en la noción de una “literatura pura” en donde solamente cupiera la triada genérica de Novela, Drama y Poesía, y una “literatura impura” en donde, marginados o secundarios, quedarán los géneros ensayísticos en calidad de “ancilares”, es decir, como esclavos de otras disciplinas. La literatura, para Reyes, es una “ficción verbal de una ficción mental, ficción de ficción” (REYES, 1997a, p. 203).<sup>6</sup> Semejante noción de la “literatura” como algo independiente, *deslindado* de la historia y de la ciencia por el componente semántico y de estilo (“ficción mental de una ficción verbal”), Reyes la arrastró por culpa de cierta tradición romántica (MATOS MOQUETE, 2004, p. 192). Pues es de notar que en *La crítica en la edad ateniense* (1941), un libro anterior a *El deslinde*, Reyes manifestó una profunda desconfianza de los sistemas (¿de las teorías?) en cuanto impedían el despertar de la conciencia crítica. Se refería al carácter determinista de la dialéctica tanto de Hegel como de Marx, “que todo lo veían predeterminado” (REYES, 1979, p. 480). De modo que Reyes, al considerar el fenómeno literario como un “ente fluido” o una “mudanza incesante”, quiso escapar de la dialéctica marxista y, en consecuencia, de una crítica literaria más volcada a la sociología, es decir, más culturalista.

La teoría literaria de Reyes influyó a su modo en la que Octavio Paz formuló en *El arco y la lira*, cuya primera edición se publicó igualmente por El Colegio de México en 1955. Sin abandonar la prisión de la estilística, Paz quiso asimilar a su modo el New Criticism en versión de T. S. Eliot, para insistir en que lo importante no era situarse en el plano interpretativo del teórico literario, sino en el del poeta-crítico que busca de la *estetización* de su lector: “el poeta crea imágenes, poemas; y el poema hace del lector imagen, poesía” (PAZ, 2010, p. 51). Para los miembros del “New Criticism”, “theory became the enemy because it questioned the common sense of methodological individualism and

---

<sup>6</sup> Aunque cayó en una visión romántica de la “literatura” al reducirla a la vieja tríada genérica del drama (comedia y tragedia) novela (o narrativa) y poesía (identificada con la lírica), Reyes también teorizó que toda mente humana piensa literariamente sin saberlo, con lo cual implícitamente incluyó a los géneros ensayísticos como los únicos en dar posible razón de una totalidad o integración del saber humano. Cfr. Aullón de Haro (2016, p. 29).

thereby challenged the self-evident value of the humanistic subject". (GALLAGHER, 1998, 149). El individualismo crítico-poético de Paz en *El arco y la lira* no sólo parece desdeñoso de la teoría literaria, sino también de sus aplicaciones sociológicas y culturalistas. Aun cuando él puso en práctica cierta crítica culturalista en *El laberinto de la soledad* (1950), lo hizo de una manera demasiado individualista, es decir, *ontológica* (Heidegger) antes que *sociológica* (Marx).

A diferencia del contexto autoritario revolucionario en que Reyes y Paz publicaron respectivamente *El deslinde* (1944) y *El arco y la lira* (1955), en un momento en que la sociología mexicana aún se hallaba en un estado incipiente, el contexto en el que Antonio Candido publicó *Formação da Literatura Brasileira* (1957) fue bastante distinto. La sola producción textual de la sociología brasileña de la época incluye sendos ensayos que van desde *Contribuição à história das idéias no Brasil* (1956) de João Cruz Costa hasta *A ideologia do colonialismo. Seus reflexos no pensamento brasileiro* (1961) de Nelson Werneck Sodré, pasando por *A filosofia no Brasil* (1957) de Hélio Jaguaribe, *Formação e problema da cultura brasileira* (1958) de Roland Cobisier, e *Ideologias e Segurança Nacional* (1958) de Alberto Guerreiro Ramos. Mientras la crítica cultural mexicana cayó en el enredo por la pregunta del ser nacional, cuya ontología tomaba en parte de José Ortega y Gasset y sobre todo del *Dasein* de Heidegger, la crítica cultural brasileña se preguntó más bien por redefinir la naturaleza del capitalismo en medio del nuevo orden poscolonial arrojado por el fin de la Segunda Guerra Mundial (CÔRTEZ, 2005, p. 243). De ahí que Cruz Costa se remontara al periodo de la Conquista de América para insistir en que resultaba necesario apartarse de la metafísica (¿del *Dasein* heideggeriano?), pues de otra forma se evadía el enfrentamiento con realidades concretas y se caía, por consiguiente, en falsas utopías o idealizaciones históricas:

Os descobrimentos marítimos dos portugueses e dos espanhóis haviam revelado ao velho mundo novos mundos; as novas contribuições que as ciências naturais trouxeram para o conhecimento do homem determinariam uma ruptura decisiva com os velhos moldes culturais. Uma cultura nova, de base experimental e de tendência crítica, repontara com o Renascimento. Esta orientação nova, crítica e já quase experimental do século XVI, sempre atenta à continuada experiência, desenvolver-se-ia principalmente no século XVII (CRUZ COSTA, 1956, p. 138).

El acontecimiento de la Conquista de América, que expandió la navegación de los mares a los océanos, hizo que América apareciera como como un *ruido* inarmónico para los géneros líricos y aún para los épicos; un *ruido* del que sonaron múltiples discursos sustituyendo la voz del poeta por la del crítico.<sup>7</sup> No es la voz del poeta o mitógrafo, sino

---

<sup>7</sup> El género novelístico tampoco se escapa de su contaminación con el ensayístico si sigue la lógica, basada en G. Lukács, de Jacques Leenhardt (1981, p. 134).

el texto refundido entre legajos de un cronista–ensayista (que se supone puede ser Cristóbal Colón) lo que leemos en el primer documento sobre la Conquista, el *Diario de a bordo*: un almirante genovés que creyó haber encontrado una isla perteneciente a un archipiélago adyacente al de Japón. Lo que sucede después del regreso de Américo Vesputio a Lisboa en 1505, tras haber circunnavegado América, no es un descubrimiento y ni siquiera una conquista, sino una *invención* que lleva al *reductio ab absurdum*. El historiador mexicano Edmundo O’ Gorman, en su célebre ensayo *La invención de América* (1958), consideró como un «estupro metafísico» la idea de que América fuese *descubierta* como si, cual señorita *old-fashioned*, hubiese estado esperando ceder su *virginidad* a los bravos castellanos paciente y palpitadamente el 12 de octubre de 1492 (O’ Gorman, 2014, p. 63). Sólo que la atmósfera historiográfica y filosófica que se respira en el libro de O’Gorman no es, como en el de Cruz Costa, la de un deseo por entender la expansión del capitalismo o a través del materialismo histórico. Sino la de una eliminación metafísica del sujeto humano como centro de la historia, a juzgar por el epígrafe de Heidegger que abre el tercer capítulo del libro de O’Gorman: “Sólo lo que se idea es lo que se ve; pero lo que se idea es lo que se inventa”. (2014, p. 101). O’Gorman tomó la cita del libro de aforismos de Heidegger, *Desde la experiencia del pensar* (en alemán, *Aus der Erfahrung des Denkens*, 1954), reconociendo implícitamente que la destrucción en sentido heideggeriano de la ontología es lo que ha hecho posible la dominación colonial europea del mundo (CASTRO–GÓMEZ, 2007, p. 55).

De modo que incluso en la historiografía mexicana moderna, como vemos, persistió la presencia de Heidegger por encima de la de Marx. Esta persistencia no podía darse en Brasil por el origen y las condiciones de su formación histórica. Si, como se supone, persistió mucho más la presencia de Marx, ello permitió que los críticos literarios brasileños tomaran más decididamente el rumbo del análisis culturalista. Lo interesante es que dicho críticos no prescindieron del análisis textual, esto es, admitieron los fenómenos de la cultura y la sociedad como parte de la filología. Este tránsito entre la crítica propiamente literaria y la culturalista, en efecto, Candido lo explicó muy bien en *A educação pela noite e outros ensaios* (1969):

A criação literária traz como condição necessária uma carga de liberdade que a torna independente sob muitos aspectos, de tal maneira que a explicação dos seus produtos é encontrada sobretudo neles mesmos. Como conjunto de obras de arte a literatura se caracteriza por essa liberdade extraordinária que transcende as nossas servidões. Mas na medida em que é um sistema de produtos que são também instrumentos de comunicação entre os homens, possui tantas ligações com a vida social, que vale a pena estudar a correspondência e a interação entre ambas. Nesta palestra a literatura do Brasil será encarada mais como fato histórico do que como fato estético, pois tentarei mostrar de que maneira está ligada a aspectos

fundamentais da organização social, da mentalidade e da cultura brasileira, em vários momentos da sua formação (CANDIDO, 1989, p. 162).

A Alfonso Reyes precisamente le costó entender estas particularidades brasileñas. El 10 de abril de 1930, tras cuatro días de haber desembarcado en Río de Janeiro en calidad de embajador de México, Reyes registró su primera impresión crítica de Brasil: “Mundo demasiado colonial donde todavía la gente no sabe vivir y las casas son malas”. (REYES, 2011, p. 4). La impresión que tuvo Reyes sobre la arquitectura de las casas brasileñas, lejos de ser una *subjetividad* caprichosa, comenzó a adquirir una *objetividad* etnográfica en la crítica cultural de la década de 1930. En mayo de 1931 se organizó en Sao Pablo el primer Congreso de vivienda (Habitação), cuya conferencia inaugural estuvo a cargo de ex-director da Escuela de Bellas Artes do Río de Janeiro, José Marianno Filho (BARROS CORREIA, 2009, p. 140). En 1933 se publicó el famoso ensayo del antropólogo Gilberto Freyre, *Casa-grande & Senzala* (1933). En él, partiendo de muchísimas causas sociológicas, Freyre describió líricamente el poderío del señor-de-ingenio del nordeste brasileño, dueño de los hombres y dueño de mujeres, cuyas casas representaban justamente ese inmenso poderío feudal con “paredes grossas. Alicerces profundos. Óleo de baleia”:

A casa-grande de engenho que o colonizador começou, ainda no século XVI, a levantar no Brasil –grossas paredes de taipa ou de pedra e cal, coberta de palha o de telha-vã, alpendre na frente e dos lados, telhados caídos num máximo de proteção contra o sol forte e as chuvas tropicais– não foi nenhuma reprodução das casas portuguesas, mas uma expressão nova, correspondendo ao nosso ambiente físico e a uma fase surpreendente, inesperada, do imperialismo português: sua atividade agrária e sedentária nos trópicos; seu patriarcalismo rural e escravocrata. Desde esse momento que o português, guardando embora aquela saudade do reino que Capistrano de Abreu chamou de «transoceanismo», tornou-se luso-brasileiro; o fundador de uma nova ordem económica e social: o criador de um novo tipo de habitação (FREYRE, 2002, pp. 11–12).

#### 4.

Reyes no pudo leer el ensayo de Freire. Pero, de haberlo hecho, coincidiría en que Freyre era “demasiado colonial”: un muchachito anglófilo de Recife que viajó a Estados Unidos queriendo convertirse en protestante para ser más norteamericano y que regresó a escribir como un “neo-lusitano, como un dominador” (RIBEIRO, 1977, p. XI). La aceptación de su situación señorial, sin embargo, le permitió a Freyre ser un precursor de la crítica culturalista, puesto que las observaciones de *Casa-grande & Senzala* están apoyadas en sus estudios antropológicos con Franz Boaz en Nueva York. Reyes, quien a su modo también había sido un “príncipe desterrado” durante los diez años que pasó exiliado en España entre 1914 y 1924 (PINEDA, 2014), ya en 1930 era un flamante embajador del

Estado revolucionario mexicano.<sup>8</sup> De modo que, en lugar de comparar el neocolonialismo entre México y Brasil, o en insistir en un pasado ahíto de explotaciones y saqueos, Reyes resaltó el que, para él, resultaba el rasgo más luminoso de la historia mexicana: el de ser un lugar para las utopías. A propósito de ello publicó en 1932, en las Oficinas Gráficas Villas Boas de Río de Janeiro, *Tren de ondas*, un libro compuesto por pequeños ensayos inspirados cada uno en una frase de los ensayos de Montaigne. Pues Montaigne había sido uno de los primeros europeos, según él, en legitimar la utopía americana. En “El presagio de América”, un ensayo que recogió en *Ultima tula* (1942), Reyes volvió a elogiar el sentido utópico de la historia americana, incluso para legitimar el catolicismo ibérico en virtud de sus utopías sociales en las Fundaciones mexicanas de Vasco de Quiroga, en las primeras misiones del Brasil y en el Imperio jesuítico del Paraguay:

¡Qué radiante promesa, el Nuevo Mundo, para todos los descontentos y reformadores! Mientras los mercaderes procuraban sus lucros, los apóstoles religiosos emprendían su obra de redención, y legiones de soñadores se movilizaban hacia la esperanza. América, puede decirse sin violencia, fue querida y descubierta (casi “inventada”) como campo de operaciones para el desborde de los altos ímpetus quiméricos. Crearon, descubrieron a América los que tenían sed en el cuerpo o en el alma, los que necesitaban casas de oro para saciar su ansia de lujo, o conciencias libres donde sembrar e inculcar la idea de Dios y la idea del bien (REYES, 1997b, p. 60).

Reyes se dio el lujo de exaltar un izquierdismo *avant la lettre* en la Conquista de América por cuanto los europeos, para venir de Europa a América, viajaban hacia la *izquierda*. Sus observaciones histórico-líricas obedecían al contexto del estallido bélico entre los imperios armamentísticos de la pos-Ilustración, es decir, eran una invitación para que los intelectuales europeos tuvieran en su horizonte a México (a la *izquierda*) en caso de verse exiliados por los regímenes fascistas. Pues, si se revisa otro ensayo de Reyes escrito durante su estancia en Río, “Discurso por Virgilio” (1932), se hace evidente que su idea utópica de América no estaba puesta en los indígenas ni en un retorno romántico a la era prehispánica, sino en el ideal del heroísmo clásico de la Europa renacentista, es decir, conquistadora:

Sobre la melancolía y la postración del indio, al que es nuestro deber sacudir, despertar a la alegría de la vida que ya tenía olvidada, incorporar a nuestro mundo de ideas y de anhelos, ¿vamos todavía a volcar las perezas del nirvana y las ociosidades de la plegaria como fin en sí? “Ayúdame y yo te ayudaré.” No queremos hacer de México un pueblo de esclavos. Alerta los hombres de buena voluntad. Hay

---

<sup>8</sup> Varios de los ensayos que escribió durante su estancia diplomática en Brasil (1930 y 1936) los recogió en *Ultima tula* (1942) y *Tentativas y orientaciones* (1944). Sobre la estancia de Reyes en Brasil hay una amplia bibliografía: cfr. SÁNCHEZ PRADO (2019) y REIS (2013).

que dar un ideal de victoria; no hay que acostumbrarse ni engreírse con las visiones del vencimiento (REYES, 1997b, p. 173).

El México posrevolucionario, sin embargo, se acostumbró a engreírse con las «visiones del vencimiento», puesto que uno de los ensayos más exitosos de la segunda mitad del siglo XX, además del de Octavio Paz, *El laberinto de la soledad* (1950), fue uno de Miguel León Portilla, *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la Conquista* (1959). El ideal virgiliano de Reyes, el de la *victoria*, quedó en manos de los Estados Unidos, no de México. Más allá de la difícil vecindad con el país más poderoso del mundo, México careció a mediados del siglo XX de un marxismo crítico que revisara los discursos del vencimiento y del triunfalismo, esto es, de la distopía y la utopía. La hegemonía de un partido único de *izquierda*, el PRI, evitó sin embargo que el fascismo o criptofascismo adquiriera en la sociedad mexicana estatus de «praxis cotidiana», puesto que el racismo y la xenofobia no nacen de un *odio* connatural por el extraño o el *alien*, sino de construcciones o discursos políticos (GANDLER, 2008, pp. 20–27). La academia mexicana, para asimilar el marxismo crítico, necesitó nutrirse de los exiliados españoles y sudamericanos, especialmente de Adolfo Sánchez Vázquez y Bolívar Echeverría. Ambos pensadores, en cuanto no venían de la filología, tampoco ejercieron una influencia directa sobre la crítica literaria mexicana.

No es de extrañar que el crítico mexicano Jorge Antonio Ruedas de la Serna (1945–2018), cuya tesis de doctorado en Literaria y Literatura Comparada en la Universidad de São Paulo fue asesorada por Candido en 1992, profundizara en la literatura mexicana sobre la utopía a partir de acercamiento a la crítica brasileña. En 1987, efectivamente, Ruedas de la Serna publicó *Los orígenes de la visión paradisíaca de la naturaleza mexicana*. En él, animado por las observaciones de Afonso Arinos de Melo sobre el discurso utopista y el indígena brasileño, Ruedas de la Serna revisó críticamente la *Utopía* de Moro. Advirtió que el paraíso utópico no estaba situado en el centro del mundo, pues éste seguía siendo la sociedad londinense, cuyos robos y crímenes obedecían a la propiedad privada. En cambio, en aquella república utópica la propiedad privada y la acumulación de riqueza carecían de sentido. Utopía era un lugar de evasión que rompía simbólicamente los vínculos con el centro, pero para convertirse en otro *centro* superior (RUEDAS DE LA SERNA, 1987, p. 33). Es decir: el mundo utópico comenzó a subordinar al imperfecto mundo en que sucede la historia real. Las utopías revolucionarias del socialismo y el comunismo, así como las reaccionarias del restablecimiento de una comunidad apostólica, ganaron terreno conforme a la difusión de la imprenta, es decir, al éxito de la propaganda textual.

Ruedas de la Serna, como se ha dicho, partió del ensayo de Arinos de Melo, *O índio brasileiro e a Revolução Francesa; as origens brasileiras da teoria da bondade natural*, cuya visión materialista (¿marxista?) de la historia permitió leer *Utopía* de Moro como un correlato –una falsa o mala conciencia– de las guerras de religiones durante el reinado de

Enrique VIII, cuyo apoyo a los *landlords* arrojó a miles de campesinos a las ciudades. (ARINOS, 1976, 135–155). Imposibilitado de encontrar paz en Europa, Moro quiso hallarla en una isla la nordeste de Brasil, cuya descripción leyó en la relación del tercer viaje de Américo Vespucio, *Mundus Novus*. Moro, pues, propició una política izquierdista demasiado abstracta. Como puede verse, buena parte del giro culturalista de la crítica literaria brasileña se dio a partir de una relectura de la idea de utopía. El entramado de las discusiones sobre las utopías arrojó como saldo la importancia de revisar desde una perspectiva sociológica y críticamente, valga la redundancia, la tradición crítica:

Os países da América Latina a literatura sempre foi algo profundamente empenhado na construção e na aquisição de uma consciência nacional, de modo que o ponto de vista histórico–sociológico é indispensável para estudá-la. Entre nós, tudo se banhou de literatura, desde o formalismo jurídico até o senso humanitário e a expressão familiar dos sentimentos. Por isso é difícil delimitar esse universo insinuante e multiforme (CANDIDO, 1989, p. 179).

En el modernismo brasileña (cuya terminología coincide históricamente con la vanguardia hispanoamericana) fue también decisiva la relectura de las utopías. Pues, dado el auge del psicoanálisis de Freud, del relativismo antropológico y del surrealismo de Breton, surgió la *Revista de Antropofagia*, en cuyo primer número Mario Andrade, con quien Alfonso Reyes amistó durante sus años de embajador en Río (REYES, 2011, p. 18), publicó el *Manifiesto Antropófago* (1928). En él, Andrade insistió irónica y lúdicamente en que América había creado en la conciencia europea la *utopía* de un mundo mejor: “Queremos a Revolução Caraiba. Maior que a Revolução Francesa. A unificação de todas as revoltas eficazes na direção do homem. Sem nós a Europa não teria sequer a sua pobre declaração dos direitos do homem” (2006, p. 175). En un texto posterior a propósito del fin de la Segunda guerra Mundial, “Sol da Meia–Noite” (incluido en su libro *Ponta de lanca*, 1945), Andrade aseguró que la Alemania racista, purista y triunfalista necesitaba ser educada por el mulato, por el chino, por el indio más atrasado de Perú o de México, por el africano de Sudán (citado por SANTIAGO, 2018, p. 69).

[...] en Brasil las culturas primitivas se mezclaron con la vida cotidiana o permanecieron como reminiscencias vivas de un pasado reciente. Las terribles osadías de un Picasso, un Brancusi, un Max Jacob, un Tristan Tzara, eran, en el fondo, más coherentes con nuestra herencia cultural que con la de ellos. Habitados al fetichismo negro, a los calungas, a los exvotos, a la poesía folclórica, estábamos predispuestos a aceptar y a asimilar procesos artísticos que en Europa representaban una ruptura profunda con el medio social y las tradiciones”. (CANDIDO, 2000, pp. 82–83).

Para terminar, conviene advertir que los estudios comparados entre Brasil y México no podrían abordarse desde una mera *comparación*. Exigen asumir una *triangulación*, es decir, la presencia de un tercer actor que pone en duda la idea de una cultura nacional



basada en símbolos originales. Puesto que nunca sabremos reconocer con exactitud qué parte es la original de un elemento una vez que éste está en juego con otro, la metodología de las transferencias culturales precisamente “permet de mettre en évidence la circulation des modèles censés fonder des littératures nationales” (ESPAGNE, 2013, p. 13). Además, si el propósito de este artículo es historiar la formación la crítica cultural en Brasil y México, ello implica reconocer la asimilación de varias escuelas europeas y angloamericanas de pensamiento, las que justamente conceptualizaron la *Kulturkritik*, y sus diferentes aplicaciones en un país y en otro.

## Referências

AKCELRUD DURÃO, Fabio. *Teoria (literária) americana: Uma introdução crítica*. Campinas: Autores Associados, 2011.

ALTSCHUL, Nadia. *Geographies of Philological Knowledge Postcolonial and the Transatlantic national epic*. Chicago: The University of Chicago Press, 2012.

ALFARO, Alfonso. "Los jesuitas y la construcción de la nación mexicana". In *Análisis Plural*, 2010, Iteso, pp. 142–152.

ANDRADE, Oswaldo. "Manifiesto antropófago". In SCHWARTZ, Jorge (comp.), *Las vanguardias latinoamericanas. Textos programáticos y críticos*. México: FCE, 2006.

ARINOS, Alfonso. *O índio brasileiro e a Revolução Francesa. As origens braisleiras da teoria da bondade naturale*. Rio de Janeiro : Olympio/Instituto Nacional do Livro, 1976.

AULLÓN DE HARO, Pedro. *Idea de la literatura y teoría de los géneros literarios*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2016

CANDIDO, Antonio. *Literatura y sociedad. Estudios de teoría e historia literaria*. Trad. de RUEDAS de la SERNA, Jorge. México: UNAM, 2009.

----- "Literatura y cultura de 1900 a 1945", en *Estruendo y liberación. Ensayos críticos*. Ed. de Jorge Ruedas de la Serna y Antonio Arnoni Prado. México: Siglo XXI, 2000.

-----, *A Educação Pela Noite & Outros Ensaio*s. Sao Pablo: Editora Ática S.A, 1989.

CASTRO-GÓMEZ, Santiago. "La (post) colonialidad explicada a los niños. Perspectivas latinoamericanas sobre modernidad, colonialidad y geopolítica del conocimiento". *Colonialidad y crítica en América Latina*. JÁUREGUI, Carlos A., y MORAÑA, Mabel (eds). Puebla: UDLAP, 2007.

CÔRTEZ, Norma. "História das Idéias em Nelson Werneck Sodré e João Cruz Costa: uma saga da consciência nacional". In *Caderno CRH*, vol. 18, núm. 44, mayo–agosto, 2005, pp. 229–235.

CRUZ COSTA, J. *Contribuição à história das idéias no Brasil*. Rio de Janeiro: José Olympio, 1956.

ESPAGNE, Michel. “La notion de transfert culturel”. In *Revue Sciences/Lettres* [Online], 1 2013, Online desde 1 de mayo de 2012. Recurso en línea: <http://journals.openedition.org/rsl/219> ; DOI : 10.4000/rsl.219.

FREYRE, Gilberto. *Casa-grande & senzala*. GIUCCI, Guillermo, RODRÍGUEZ LARRETA, Enrique y DA FONSECA, Nery (eds.). Nanterre Cedex (Francia): Colección Archivos, 2002.

GALLAGHER, Catherine. “The History of Literary Criticism”. In *American Academic Culture in Transformation. Fifty Years, Four Disciplines*. Ed. de Thomas Bender & Carl E. Schorske. Nueva Jersey: Princeton University Press, 1998, pp. 133–153.

GANDLER, Stefan. *Marxismo crítico en México: Adolfo Sánchez Vásquez y Bolívar Echevarría*. México: FCE, 2008.

GARCIADIEGO, Javier. *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución mexicana*. México: El Colegio de México–UNAM, 2000

GARZA CUARÓN, Beatriz. “Francisco Pimentel, precursor de las historias de la literatura mexicana”. In *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas 18–23 agosto 1986*, Berlín, Frankfurt am Main: Vervuert, 1989, pp. 617–626. Disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcp8693>

GONZÁLEZ, Enrique. “La Universidad: estudiantes y doctores”. In RUBIAL GARCÍA, Antonio (comp.), *Historia de la vida cotidiana en México II. La ciudad barroca*. México: El Colegio de México–FCE, 2005.

GUERREIRO RAMOS, Alberto. “Notas para un estudio crítico de la sociología en Brasil”. In BRINGEL, Breno, y BRASIL, Antonio Jr. (coord.), *Antología del pensamiento crítico brasileño contemporáneo*. Buenos Aires: CLACSO, 2018.

JEY, Martine. *La Littérature au lycée: invention d'une discipline (1880–1925)*. Metz: Université de Metz, 1998.

LEENHARDT, Jacques. “La estructura ensayística de la novela latinoamericana”. In RAMA, Ángel (ed.). *Más allá del boom. Literatura y mercado*. Montevideo: Marcha Editores, 1981, pp. 130–143.

MARTÍNEZ, Agustín. *Problemas de historia de la crítica literaria en Hispanoamérica y Brasil*. Mérida (Venezuela): Universidad de los Andes, 1995.

MARTÍNEZ, José Luis. “Joaquín García Icazbalceta”. In RUEDAS DE LA SERNA, Jorge (comp.), *Historiografía de la literatura mexicana. Ensayos y comentarios*. México: UNAM, México, 1996, pp. 26–49

MATOS MOQUETE, Manuel. *Las teorías literarias en América hispánica*. Santo Domingo: Instituto Tecnológico de Santo Domingo, 2004.

MONSIVÁIS, Carlos. “La crítica literaria en México: invención, revisión, ampliación y olvido del canon”. In *Nuevo Texto Crítico*, vol. VII, núm. 14/15, 1994, pp. 69–76.

MOYA LÓPEZ, Laura Angélica, y OLVERA SERRANO, Margarita. “La historiografía de la sociología en México: balances y una propuesta de interpretación desde la historia conceptual”. In *Sociológica*, vol. 28, núm. 80, septiembre–diciembre de 2013, pp. 7–40

NICOLAS, Loïc. “Guerre à l’ornement: l’enseignement de la littérature au péril de la rhétorique (1880–1910)”. In *Rhetor: Journal of the Canadian Society for the Study of Rhetoric*. 6, 2016, pp. 36–53.

O’ GORMAN, E. *La invención de América*. México: FCE, 2014.

PALACIOS, Guillermo. “De imperios y repúblicas: los cortejos entre México y Brasil, 1822–1867”. In *Historia Mexicana*, vol. LI, núm. 3, enero – marzo, 2002, pp. 559–618.

PAZ, Octavio. *El arco y la lira. Obras completas, I. La casa de la presencia. Poesía e historia*. Edición del autor. México: FCE–Círculo de Lectores, 2010.

PIMENTEL, Francisco. *Historia crítica de la poesía en México. Obras completas IV*. México: Tipografía Económica, 1903.

REYES, Alfonso. *El deslinde. Prolegómenos para una teoría de la literatura. Obras completas XV*. México: FCE, 1997a.

-----“Discurso por Virgilio”. *Obras completas IX*. México: FCE, 1997b.

-----*Andrenio: perfiles del hombre. Obras completas XX*. México: FCE, 1979.

RIBEIRO, Darcy. Prólogo, en Gilberto Freyre. *Casa-grande & senzala*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, pp. IX–XLI)

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Yliana. “El archivo como doctrina, propaganda y descrédito: Una lectura de la obra historiográfico–literaria de Ignacio Manuel Altamirano y de Francisco Pimentel”. In *Hispanic Review*, University of Pennsylvania Press, vol. 86, núm., 2, 2018, pp. 185–204

ROJAS AHMED, “La idea de literatura en la nueva crítica literaria latinoamericana (1970–1985)”. In *La tercera orilla*, 20, julio, 2018, pp. 38–46.

RUEDAS DE LA SERNA, Jorge A. *Los orígenes de la visión paradisíaca de la naturaleza mexicana*. México: UNAM, 1987.

SÁNCHEZ PRADO, Ignacio. *Intermitencias alfonsinas. Estudios y otros textos (2004–2018)*. Monterrey: UANL–Universidad Iberoamericana Torreón, 2019.

SANTIAGO, Silviano. “El entrelugar del discurso latinoamericano”. In BRINGEL, Breno, y BRASIL, Antonio Jr. (coord.), *Antología del pensamiento crítico brasileño contemporáneo*. Buenos Aires: CLACSO, 2018.

SCHMITT, Carl. *El nomos de la Tierra. En el Derecho de Gentes del “Jus Publicum europaeum”*. Trad. de Dora Schilling Thon. Buenos Aires: Ed. Struhart y Cía, 1979.

SIERRA, Justo. “México, 7 de julio de 1907. A Miguel de Unamuno”. In *Epistolarios y papeles privados. Obra completa, XIV*. México: UNAM, 1991.

STANTON, Anthony. *El río reflexivo. Poesía y ensayo en Octavio Paz (1931–1958)*. México: El Colegio de México–FCE, 2015.

SUÁREZ y LÓPEZ GUAZO, Laura Luz. *Eugenesia y racismo en México*. México: UNAM, 2005.

TAGLIAVINI, Carlo. *Orígenes de las lenguas neolatinas. Introducción a la filología romance*. Trad. de Juan Almela. México, FCE, 1993.

VILLORO, Luis. *Los grandes momentos del indigenismo en México*. México: El Colegio de México, El Colegio Nacional, FCE, 1998.